

ALFRED HITCHCOCK PRESENTA:

Los mejores relatos de crimen y suspenso

Traducción de Ricardo Vinós



He aquí un regalo para el lector más exquisito: las veinte historias que los fieles seguidores de la Alfred Hitchcock's Mystery Magazine, una de las publicaciones más prestigiosas de crimen y suspense en la escena internacional, votaron como sus favoritas indiscutibles, muchas de las cuales se trasladaron a la pantalla de la mano del gran maestro del suspense y el terror.

Estafadores y delincuentes, investigadores privados y detectives aficionados, las calles de Nueva York y San Francisco, Chicago y Seúl, el Japón del siglo XI y el Londres del siglo XVII: he aquí solo algunos de los protagonistas de esta fantástica colección.

Este volumen, inédito en español, reúne lo mejor de más de cincuenta años de historias extraordinarias.

Índice de contenido

Introducción

Introducción a la edición en castellano

Vudú – Rhys Bowen

Sacerdotes – George C. Chesbro

El sheriff del “método” – Ed Lacy

Ritual funerario – Doug Allyn

El costo de Kent Castwell – Avram Davidson

8 – Jack Ritchie

El dios de los obstáculos – Gregory Fallis

Errores históricos – William Brittain

La gata del O-bon – I. J. Parker

El nuevo vecino – Talmage Powell

Espartaco negro – James Lincoln Warren

Sábado por la noche en la sala de masajes Mikado – Loren D. Estleman

Escapar de Nairobi – Ed McBain

El último día de Erie – Steve Hockensmith

El cuerpo del lenguaje – S. J. Rozan

Cómo buscar a Olga Bateau – Stephen Wasylyk

El día de la ejecución – Henry Slesar

Halcones – Connie Holt

La musa – Jan Burke

Justicia para Mama Cass – William Bankier

INTRODUCCIÓN



CINCUENTA AÑOS SON MUCHAS HISTORIAS. Cuando empecé a plantearme la idea de armar una antología que conmemorara el cincuentenario de *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine*, miré desde mi escritorio la pared en la que guardo todos los números de la revista desde diciembre de 1956 y me sentí abrumada. Decidí buscar ayuda para determinar qué cuentos representaban lo mejor de la ilustre historia de la publicación.

Puse en sus páginas un anuncio a nuestros lectores, pidiéndoles que nos escribieran para decirnos cuáles eran sus relatos favoritos. La respuesta fue maravillosa.

Algunos señalaron una sola historia que se había quedado años rondándoles la mente. Otros mencionaron a un autor favorito («Lo que sea de Stephen Wasylyk»). Otros nos mandaron pequeñas claves para iniciar una búsqueda del tesoro con palabras como «No recuerdo el título o el autor, pero...». A menudo, estos corresponsales describían un cuento con tanto detalle que de hecho conseguimos identificarlo.

Esas cartas eran para nosotros otra prueba de que *AHMM* tiene la suerte de contar con un grupo de fieles lectores que han estado suscritos a la revista por años o incluso generaciones; en muchos sentidos, sienten que la revista «les pertenece». Las cartas también nos hacían recordar el

poder del cuento corto. Puede ser que esos relatos se hayan publicado en una pequeña gaceta mensual, pero son mucho más que un entretenimiento efímero. Sus tramas y personajes, sus ironías y su impacto emocional poseen una resonancia duradera. Se quedan años con nosotros, incluso mucho después de que el número de la revista ha desaparecido.

No cabe duda de que la popularidad de la revista en sus primeros años tuvo el apoyo de la evidente asociación con Alfred Hitchcock. Fue fundada a mediados de la década de 1950 por Richard E. Decker y H. S. D. Publications, que en ese entonces publicaban la revista de relatos de misterio *Manhunt*. Llegaron a un acuerdo con el famoso director de cine para que le prestara su nombre a la revista.

En poco tiempo, los productores del popular programa televisivo de media hora *Alfred Hitchcock presenta* (1955-1961) encontraron en la joven publicación una mina de relatos que ellos podían transformar en guiones. «A Bottle of Wine» [Una botella de vino], del primerísimo número de *AHMM*, fue de los primeros elegidos. Más adelante, relatos de autores nuestros como Henry Slesar, Talmage Powell, James Holding, Jack Ritchie, Ed Lacy y Robert Bloch, por mencionar unos cuantos, se convirtieron en guiones y se llevaron a la pantalla para *Alfred Hitchcock presenta* o para su posterior encarnación, *La hora de Alfred Hitchcock* (1962-1965).

Desde su nacimiento, la revista ha recibido con los brazos abiertos tanto a profesionales con experiencia como a jóvenes escritores que siguen cavándose un nicho en el mundo del misterio. En la década de 1960, *AHMM* publicó algunos de los primeros cuentos de autores que hoy en día son grandes maestros en este campo, como Donald E. Westlake y Hillary Waugh.

En 1975 *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* fue adquirida por Davis Publications, que también editaba *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Mientras otras revistas de fic-

ción desaparecían, *AHMM* se iba estableciendo con aún mayor solidez en esos años bajo la administración de la editora Eleanor Sullivan, quien publicaba con regularidad a escritores talentosos como Lawrence Block o Bill Pronzini.

Cathleen Jordan entró en escena como editora en 1981 y muy pronto amplió el atractivo de la revista para llegar a miles de lectores de cuentos de todo Estados Unidos. También continuó con la tradición de *AHMM* de ser receptiva a autores desconocidos o no publicados. Doug Allyn, Rob Kantner, I.J. Parker y Martin Limón son un puñado de los numerosos escritores que se iniciaron en sus páginas.

Con ayuda de nuestros lectores he elegido una muestra representativa de cuentos publicados en *AHMM* en las últimas cinco décadas. Todas son historias interesantes, escritas con oficio, que ejemplifican el amplio registro y la diversidad que la revista ha ofrecido con los años. Ya sea que estés llegando a ellas por primera vez o releyéndolas, el entretenimiento está garantizado. Si eres estudiante de escritura, son relatos que vale la pena analizar por lo bien trabajados que están. Como colección, son muestra de la evolución estilística del cuento corto popular. En esta compilación encontrarás autores a los que quizá reconozcas y otros que merecen una mayor atención.

Aunque cincuenta años puedan no parecer mucho tiempo, la cultura estadounidense se ha desarrollado de maneras sutiles y a la vez drásticas. Esos cambios se reflejan en los cuentos. El movimiento por los derechos civiles, la revolución sexual, los derechos de las mujeres, la guerra de Vietnam, la caída del Muro de Berlín y nuestra sociedad cada vez más multicultural son solo algunas de las transformaciones que alimentan estas historias y las dotan de una relevancia que va más allá de su mandato principal, que es el de entretener.

Por su ayuda para llevar esta antología a buen término, quisiera agradecer a Claiborne Hancock, fundador y editor de Pegasus Books; a Abby Browning, gerente de Mercado-

Alfred Hitchcock presenta: Los mejores relatos de crimen yAA.
suspenso VV.

tecnia y Derechos Subsidiarios de Dell Magazines; a Nicole K. Sia y Jonas Eno-Van Fleet, mis ayudantes, y a todos los lectores que mandaron sus magníficas recomendaciones.

LINDA LANDRIGAN
Nueva York, abril de 2006

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN EN CASTELLANO



DESDE LA INFANCIA ME ENAMORÉ DEL CINE, un amor profundo y apasionado por esa joven forma de arte que iba a orientar y desorientar mi vida durante muchas décadas. Siento una especie de gratitud con Alfred Hitchcock, quien me regaló muchas horas del mayor goce estético posible. No soy un caso aislado; en mi generación fuimos relativamente abundantes los devotos de Hitchcock. Muchas veces salí deslumbrado del cine después de vivir dentro de una de sus películas durante más o menos noventa minutos. La gris realidad de la calle me resultaba mucho menos verdadera que lo experimentado con tanta intensidad en una butaca durante la proyección. Mi alma todavía inocente de algún modo fue así seducida por la fábrica de sueños de Hollywood en general, y por Alfred Hitchcock en particular.

Me tocó también contemplar el espectáculo de Hitchcock creando su persona pública. Sus películas, siempre arriesgadas en todos los sentidos, están repletas de travesuras. Quizá la más célebre de ellas sea su aparición como «extra» en cada uno de sus largometrajes: Hitchcock dio forma a un autorretrato que convirtió en marca. Tal imagen fue su principal instrumento de ventas: una silueta recono-

cible en una fracción de segundo que promete cierto tipo de emociones específicas.

La revista mensual *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine*, fundada por Richard E. Decker —quien obtuvo licencia para utilizar el nombre del director en la publicación—, apareció en diciembre de 1956 bajo el sello H. S. D. Publications, con William Manners como coeditor. El puesto fue ocupado por Eleanor Regis Sullivan de 1975 a 1981 y por Cathleen Jordan de 1981 a 2002, cuando pasó a la editora actual, Linda Landrigan, también responsable de la presente antología.

En 1975, la revista fue adquirida por Davis Publications y en 1992 la compró Dell Magazines, su actual propietaria. Cincuenta años de existencia de la *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* significan miles de ficciones publicadas, que ofrecen un panorama amplio de las obsesiones creativas en torno a relatos en los que el crimen constituye el contexto narrativo y el centro de la trama. En la actualidad, la revista se sigue publicando puntualmente y existe además una versión digital: «www.alfredhitchcockmysterymagazine.com».

Entre los más prestigiosos autores que publicaron obras breves de ficción en *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* se cuentan Robert Bloch (autor del cuento en el que se basó el filme *Psicosis*), G. K. Chesterton (creador de la serie de relatos protagonizados por el padre Brown), Ron Goulart, Dorothy L. Sayers y Donald E. Westlake. Hay que apuntar que a partir de 1977 y hasta 1989 se publicó anualmente una antología con los mejores cuentos del año, elegidos por el mismo Hitchcock, no pocos de los cuales obtuvieron prácticamente todos los premios literarios para ficción breve del género negro, aparte de que la propia revista recibió el premio a la mejor en su categoría.

El lector de este tipo de relatos necesita creer en lo que lee. La literatura popular del género negro goza de una pá-

tina profesional de «realismo» que la dota de credibilidad ante sus lectores a través de los retratos de personajes en situaciones insostenibles, obligados a trascender sus propios límites para sobrevivir. Es decir, situaciones que el lector asimila como propias con facilidad y le transmiten una tensión nerviosa que acaba por resultar satisfactoria, llamada «suspenso».

¿Qué es aquello que está en *suspenso*? ¡La eterna lucha del bien indefenso contra el mal implacable dedicado al acoso y la destrucción! Un hombre, una mujer *suspendidos* sobre el abismo de una angustia mortal. No es poca cosa, y como tema literario lo apoyan milenios de tradición y abundantes venas populares. Literalmente es la imagen que se repite en el cine de Hitchcock, inventor del suspenso como subgénero narrativo en el cine. Podría decirse que esta colección presenta variantes de esa lucha entre el bien y el mal. El desenlace no siempre es a favor del bien, pero resulta sorprendente en cada cuento, una suerte de revelación que cambia el mundo de los protagonistas de manera insospechada y regala al lector una solución sorprendente. El cuento corto resulta así un perfecto vehículo para inducir suspenso. Perla Ediciones ofrece este homenaje al artista y entrega una divertida antología al público lector que sabe disfrutar de esta rara sensación: el *suspenso*.

Las emociones contenidas en la obra de Hitchcock se basan en un equilibrio finamente logrado entre el terror y el humorismo. Hay gran desenfado, interés por la parodia, rigor preciso en cada detalle, historias paralelas dentro de la historia principal. Queda la sensación de un hombre que amaba el cine y disfrutaba de cada una de sus facetas, dotado de numerosos talentos y de una asombrosa inteligencia práctica que le permitió labrarse un lugar preponderante en la competida industria del entretenimiento.

Su filmografía sonora sumó más de treinta títulos como director, y fue también productor de muchas de sus propias películas. Varias de sus mejores obras se basan en ficciones

ya publicadas. Puede uno imaginar a Hitchcock leyendo a Cornell Woolrich o Patricia Highsmith, Daphne du Maurier o tantos otros escritores, y empezando desde la lectura a visualizar su película. ¡Experiencia que comparte todo lector, por supuesto! Uno lee ficción para ver viva la historia, más que para entenderla.

La historia de *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine* corre paralela entre 1955 y 1965 con las series semanales de televisión *Alfred Hitchcock presenta* y *La hora de Alfred Hitchcock*, en las cadenas CBS y NBC. Muchos autores publicados en la revista colaboraron en los guiones para las películas de ambas series televisivas, por ejemplo: Ed McBain, Jack Ritchie, Ed Lacy, Henry Slesar, Donald E. Westlake y Talmage Powell. Cada programa era presentado por Hitchcock, quien al final comentaba las películas con inteligencia y sentido del humor. Recurrió a actores y directores de primer orden, y siempre ocupó los horarios predilectos en la programación general. Para entonces, Hitchcock se había convertido ya en su propia leyenda.

Hitchcock sin duda fue un gran lector, ávido de buena literatura, y un correcto supervisor editorial que dejaba su impronta, ya prefabricada, en cada proyecto. Mi devoción a su obra fílmica ha influido para llevarme repetidamente a la revista, cada uno de cuyos números contiene varios cuentos espléndidos. Suele incluir autores primerizos junto con otros renombrados. Esta edición, por cierto, logra un nuevo deleite dentro de la abundante iconografía del realizador. Ahí está sir Alfred, en la portada, como conserje de hotel de lujo, listo para servirnos un pájaro negro con la mayor elegancia imaginable. Buen retrato del cineasta y del libro.

El peso de una temática de trasfondo más apropiado para la tragedia se evita en estas narraciones gracias a la ligereza de tono, que aporta una incertidumbre esencial al suspense; admite incluso giros humorísticos en la naturali-

dad de la prosa que nos hacen sonreír, en ocasiones, ante desenlaces crueles y sangrientos. En suma, se trata de una medicina para preparar el alma ante las atrocidades de la existencia, al menos para los aficionados al género de terror.

La categoría de *pulp fiction*, a la que pertenece *Alfred Hitchcock's Mystery Magazine*, no es estrictamente literaria, sino económica. Incluye algunas obras que se pagaban por *cantidad*, a tantos centavos de dólar por palabra, y solían publicarse en revistas impresas en papel reciclado de pulpa. Proveyeron de ingresos a muchos autores jóvenes posteriormente consagrados, como Isaac Asimov, Ed McBain, Philip K. Dick o Avram Davidson. Hay una variable interesante: los proyectos editoriales modestos no reciben mucha atención de la censura y gozan de cierta libertad de la que carecen otras manifestaciones. De hecho, una de las antologías de la revista está dedicada a relatos que no tuvieron permiso de adaptarse para la televisión.

La maldad en muchos de estos cuentos se presenta como resultado de circunstancias, más que atributos o inclinaciones de los personajes. Eso contribuye a la credibilidad: todos tenemos acceso al mal, especialmente si se nos ofrece sin temor al castigo. En algunos casos, el bien no puede triunfar sino recurriendo a actos de maldad. Más que un simple recurso narrativo, esto pareciera formar parte del estado mental de los Estados Unidos modernos y de su visión de la condición humana.

Un safari en la selva profunda del corazón de África, un suburbio burgués en el estado de Florida, una gran mansión en Los Ángeles, un salón de masajes de relajación, la gran ciudad, el pueblecito insignificante, los oscuros e intrincados lazos en la confrontación de dos sacerdotes, las intrigas criminales de ambiciosos productores de cine, funerales sin cadáver o con un exceso de difuntos en un mis-

mo ataúd, tribunales que dictan sentencias de muerte, trayectos fatales en carretera, peculiaridades de municipios ultraconservadores de Nueva Inglaterra, violencia en torno a un dios venido de la India, una arena de box en la Inglaterra del siglo XVIII. La variedad de escenarios es notable y aporta una *calidad presencial* a los relatos. En cada contexto aparece un poder radical de la maldad que amenaza a sus víctimas. A veces el tono es humorístico, en ocasiones el enfrentamiento va cargado de referentes sociales. No siempre triunfa el bien; al contrario, pareciera que la maldad es más eficaz en lograr sus objetivos: una gran verdad en la historia de las sociedades humanas que no suele presentarse con tanto desenfado en tipos más serios de ficción.

El genio creativo de Alfred Hitchcock forma un capítulo aparte en la historia del arte del siglo XX. Una obra abundante y audaz que logra meter al espectador en sus extraños vericuetos, desafiando todas las ideas preconcebidas sobre la moral e implicándonos en su obsesión personal por perseguir inocentes. Es, sin duda, el autor más perverso entre todos los grandes cineastas. Quizás el más ambicioso en muchos sentidos.

RICARDO VINÓS
Ciudad de México, junio de 2020

VUDÚ

RHYS BOWEN



RHYS BOWEN creció en Bath, Inglaterra, pero fueron sus visitas a Gales en su infancia las que le dieron el escenario para su serie de misterio protagonizada por un policía galés, el alguacil Evan, con la que ha obtenido varios premios. En otra serie también premiada nos presenta a la inmigrante irlandesa Molly Murphy abriéndose camino a principios del siglo XX en Nueva York. Antes de escribir historias de misterio, la señora Bowen trabajó como escritora para la BBC en Londres, y fue autora de libros infantiles. El primer cuento que publicó en *AHMM* es «Vudú», en el cual transmite con agudeza los escenarios y juega con percepciones equivocadas del vudú. Es triste que debido al huracán Katrina de 2005 puedan haberse perdido para siempre los barrios de Nueva Orleans captados con tanta habilidad en este relato.

EN LOS MODERNOS REPORTES POLICIAICOS no es frecuente que se mencione el vudú como causa de muerte, pero eso decía el papel escrito por el oficial Paul Renoir que encontré sobre el escritorio en el cuartel general del

Departamento de Policía de Nueva Orleans. Probable causa de muerte: vudú.

Me intrigó tanto esa palabra del reporte que determiné llevar a cabo la investigación personalmente, en lugar de encomendarla a alguno de los funcionarios más jóvenes. Después de veinte años en la división de homicidios del departamento de policía de una ciudad grande, me sentía fastidiado con violaciones colectivas, tratos frustrados de tráfico de drogas y hombres que les destrozaban la cabeza a sus esposas sencillamente porque les dieron ganas de hacerlo después de una noche de parranda.

Mandé llamar a Renoir. Era un joven de aspecto serio, de menor estatura de lo que era habitual en la policía en los tiempos en que yo me uní a la corporación, de cara redonda y bien dispuesto al trabajo. Llevaba solo dos meses en la sección de homicidios, y era muy evidente que se hallaba incómodo en mi presencia.

—¿De qué se trata esto, Renoir? —le pregunté, agitando el reporte hacia él, que desplazaba de un pie a otro su peso, en actitud incómoda—. ¿Se trata de una broma?

—Oh, no, señor —repuso, y aumentó la seriedad en su expresión—. Sé que suena de verdad raro, pero la viuda insistió mucho. Dice que no hay ninguna otra explicación. Y el doctor también se sentía confuso.

Le indiqué una silla de vinilo y acero frente a mi escritorio.

—Mejor siéntate y cuéntame los pormenores del caso.

Se sentó al borde de la silla, todavía evidenciando nerviosismo.

—El oficial Roberts y yo recibimos una llamada solicitándonos acudir al Garden District para investigar un posible homicidio. Es una de esas grandes mansiones, señor.

—Las mansiones suelen ser grandes, Renoir. Hay que aprender a ser breves, Renoir, ¿de acuerdo?

—Lo siento mucho, señor. Una de esas grandes, eh, casas en Saint Charles. La esposa desconsolada nos recibió